

Martha Bátiz

LAS CERVANTAS

*Mitades son del alma
los hijos; mas las hijas
son la mitad más entera.*

MIGUEL DE CERVANTES

PRIMER ACTO

Madrid

Junio—Noviembre 1599

Miguel de Cervantes nació el 29 de septiembre de 1547 en Alcalá de Henares, ciudad ubicada al este de Madrid, en la región de Castilla. Privilegiado por la oportunidad de recibir una educación, Cervantes se convirtió en poeta, pero las circunstancias hicieron de él también un soldado. En 1571, emplazado en Italia, dio pruebas de su valentía como soldado en Lepanto. En el trayecto de vuelta a casa cayó en manos de piratas que lo llevaron secuestrado a Argel y, debido a las cartas de recomendación que llevaba consigo, exigieron un rescate tan elevado que a su familia le tomó cinco años reunir el monto necesario para cubrirlo. Fue puesto en libertad en 1580 y regresó a España tras una ausencia de once años.

De vuelta en Madrid, la capital del Imperio, Cervantes retomó la escritura y así nació su primer libro, la novela pastoral La Galatea, la cual fue publicada en 1585, unos meses después de su matrimonio con Catalina de Salazar y Palacios. En 1587 se convirtió en comisario de provisiones de la Corona, trabajo que lo obligó a viajar extensivamente por Andalucía, recolectando aceite, trigo y cebada para apoyar la guerra de la España católica contra la Inglaterra protestante.

En 1588, el rey Felipe II sufrió la humillante derrota de la “Armada Invencible”. Tras declarar varias bancarrotas, murió en 1598. Su hijo, Felipe III, heredó un país donde los precios de la comida y los bienes en general se encontraban fuera del alcance de la mayoría de la población, y las revisiones exhaustivas realizadas en las puertas de entrada a la ciudad contribuían a la escasez de provisiones que afligía a Madrid entera.

Más y más gente fue dejando atrás la dura vida en el campo. Hacia finales del siglo XVI, la población de Madrid había crecido de 20 mil a 65 mil habitantes. El pueblo español habría de enfrentar sequías, hambrunas y, en 1597, la peste, epidemia que causó serios estragos a lo largo de la península ibérica durante cinco años.

I.

Isabel

Ana y yo lavábamos los platos cuando nos sorprendió un fuerte golpe en la puerta. La abuela había salido al patio trasero y no esperábamos a nadie. Permanecemos quietas, escuchando atentas. Un segundo golpe, más insistente, nos alarmó.

—¡No respondas! —susurró Ana con los ojos muy abiertos. Quienquiera que estuviese afuera parecía impaciente, pero mi hermana hizo un gesto para que no me moviera.

Cuando vimos que la abuela no volvía y tocaron de nuevo, decidí ver quién era. Entre nuestros vecinos había lavanderas, sirvientes, trabajadores y artesanos y pensé que podía tratarse de uno de ellos. Por si acaso, me armé con el atizador que estaba al lado de la estufa antes de abrir.

Alzando la impecable mantilla de seda que le cubría el rostro, una dama me saludó con familiaridad, aunque su sonrisa se desvaneció al descubrir el hierro entre mis manos. Lo recosté en el piso en cuanto la reconocí. Era una antigua clienta que solía comprar-

nos vino cuando teníamos la taberna. Me impresionó tanto su sombrero, que hacía juego con su sobrefalda, que me olvidé de preguntarle qué deseaba. ¿Ese listón alrededor de su cintura era de terciopelo? Mamá tenía un chaleco de terciopelo que vestía para asistir a misa los domingos. Me habría gustado conservarlo, pero el doctor dijo que el aire putrefacto de su habitación de enferma había contaminado todo lo suyo y era necesario quemarlo. Lo único que pude rescatar para Ana y para mí, y eso sólo porque nadie se dio cuenta, fueron un espejo pequeño y un pomo de plata que escondí para que nadie pudiera obligarme a venderlos o quitármelos.

—¿Vas a invitarme a entrar? —preguntó la dama.

Me hice a un lado para cederle el paso y cerré la puerta con firmeza detrás de ella. Hizo un mohín de disgusto al ver la sencillez de nuestro entorno, que consistía apenas de la habitación en que nos encontrábamos y la cocina al fondo. El colchón que compartíamos, un tapete de paja, dos sillas maltrechas y una repisa en la pared con nuestros platos, utensilios y ollas oxidadas eran todo lo que teníamos, además de la banca en la que durante el invierno nos sentábamos al fuego mi hermana, nuestras primas Jerónima y Marita, y yo para comer y mantenernos calientes. Cierto que todo era muy básico y lucía triste, pero un cintarazo de rabia me apretó el estómago en cuanto el desprecio en su mirada se transformó en lástima. ¿Qué otra cosa esperaba encontrar en esta parte de la ciudad? Estaba a punto de preguntárselo cuando la abuela entró a la casa por la puerta de atrás. Bastó un vistazo

a nuestra visitante inesperada para que su rostro perdiese el color. Vi sus manos estrujar con fuerza la tela de su falda. Ana se colocó de pie a su lado.

—¿Nos va a usted a presentar? —se dirigió la dama a mi abuela—. Creí que le habría mencionado que iba yo a venir.

La abuela abrió la boca para decir algo, pero era como si se le hubiese olvidado cómo hablar. La dama sacudió la cabeza con impaciencia.

—Soy Magdalena Pimentel de Sotomayor —dijo a la par que hacía una sutil reverencia.

Parecía esperar una reacción de mi parte, pero no supe qué hacer. En la taberna esa mujer había sido una clienta más. Verdad era que no muchas mujeres acudían solas a comprar vino, pero ella siempre lo hacía por la mañana, cuando no había prácticamente nadie. Como medidora y mano derecha de mi madre, era yo quien vertía la cantidad correcta de vino en su bota.

—O Magdalena de Cervantes, si lo deseas. Miguel es mi hermano mayor. He venido en nombre suyo.

Su mirada, que me examinaba de arriba abajo, parecía satisfecha.

—Eres su viva imagen, no cabe la menor duda. Siempre lo has sido.

El tono de su voz me erizó la piel.

—¿A qué se refiere? —Cuatro simples palabras que tuve que esforzarme en empujar fuera de mis labios pues se me enredaron en el nudo que iba tejiendo mi garganta. Ana estaba mordiéndose el labio inferior como siempre que estaba nerviosa, un há-

bito adquirido tras la muerte de mamá. Siempre teníamos que pedirle que parara porque hacía sangrar su piel.

—Me refiero a que eres igualita a él —Magdalena estaba sonriendo—. A tu padre.

Siete años tenía yo al fallecer papá, pero lo recordaba bien y concluí que ella, como nuestra clienta, debía haberlo conocido. Era un hombre callado y serio. Mi hermana nunca sintió el tamaño y peso de sus manos ni supo lo furioso que podía ponerse si rompía yo cualquiera de sus reglas. Una vez estuve a punto de asfixiarme con un gajo de naranja que en vano intenté ocultar en mi boca. Me había prohibido las colaciones entre comidas y, cuando me descubrió haciéndolo, me golpeó. Mamá no le habló durante dos días enteros después de eso. Sin embargo, y pese a aquellos recuerdos, me sentía orgullosa de Alonso Rodríguez, tabernero de la corte. Gracias a él contábamos con la taberna que fuera nuestro sustento y hogar en la Calle Tudescos hasta la muerte de mamá.

—Isabel, hija mía, hay algo que necesitas saber. — La voz de la abuela se tornó tan oscura y pesada como la mirada de papá antes de golpearme—. Alonso Rodríguez no era tu padre.

Ana soltó un grito y corrió a abrazarme. Por unos momentos me quedé de piedra, hasta que el nudo en mi garganta se deshizo en un súbito sollozo.

—No entiendo —articulé apenas.

La abuela lo repitió lento. Sabía que cada palabra suya era una herida.

—Alonso Rodríguez no era tu padre.

Nadie se atrevió a romper el silencio que, como humo, enrareció de golpe el aire mientras yo absorbía la noticia: el hombre que me crio y que se aseguró de que mamá, Ana y yo tuviésemos siempre un techo y comida a la mesa —el hombre por cuya alma había rezado cada noche— no era mi padre.

—¿Entonces quién lo es? —Mi pregunta iba dirigida a la abuela, pero nuestra visitante respondió en su lugar.

—Mi hermano Miguel. Yo soy tu tía.

¡Mi tía! ¿Cómo pudo haber estado tantas veces a la taberna sin decirme nada? Si acaso recordaba yo un *buenos días* o *hasta luego*. Toda suerte de preguntas se agolparon en mi mente, pero lo único que atiné a espetar fue: —¿Y esto tú lo has sabido siempre, abuela?

—Sí. —Sus ojos se clavaron en el piso. Hablaba como si quisiera tragarse las palabras en vez de pronunciarlas—. Sabía que esto iba a suceder un día, especialmente ahora que tu madre ya no está con nosotros.

—¿Y la tía Luisa? ¿Y el tío Juan? ¿Ellos también sabían?

Luisa era la hermana de mamá y madrina de Ana. Era imposible que hubiese estado de acuerdo con sostener semejante mentira. Su hermano, el tío Juan, era sacerdote. Los sacerdotes siempre decían la verdad, ¿cierto? Necesitaba más que nunca que la abuela me mirase a la cara, pero ahora sus ojos se habían fijado en la pared detrás de mí.

—Juan, no. Pero ahora sí tendrá que enterarse —respondió la abuela, y yo solté un suspiro de alivio.

Por lo menos en él podía confiar—. Luisa sí lo sabía. Por eso no está en casa. Le faltó el coraje para enfrentarse a ti en este momento.

Sacudí la cabeza, incrédula. ¿*Ella* no tenía el coraje de enfrentarse a *mí* en este momento? ¿Cómo podría entonces yo enfrentarme a *ella* después?

—¿Y mi padre sí es mi padre? —soltó Ana, temblando.

La abuela asintió con la cabeza: —Sí, lo es.

Su suspiro de alivio fue como un puñetazo. Ana Rodríguez de Villafranca, mi hermana, era hija legítima de Alonso Rodríguez. Como yo, era huérfana, sí. Pero Alonso era su padre. Nadie había llegado a arrancarle esa certeza, a llevarse el privilegio que le brindaba. Sin importar cuán pobre fuese, cuán destituida, siempre se la respetaría de una forma que a mí me sería negada. No me cabía la menor duda. Recordaba el repudio con que los hombres y las mujeres en la taberna pronunciaban la palabra que me definiría de ahora en adelante: bastarda. ¿Cuántas veces los había escuchado escupir esa palabra como si se tratase de una mosca que habían encontrado flotando en su vino?

—De modo que soy ilegítima —dije en voz muy queda, la bruma en torno mío esclareciéndose para que yo pudiera al fin reconocermme como lo que era: una hija del pecado. Darme cuenta de que mamá, que tanto me había enfatizado la importancia de la honestidad y la pureza de alma y cuerpo, era una pecadora. Una pecadora cuya alma probablemente estaría ardiendo en el infierno. Tan sólo pensarlo me aterrorizó.

—Ahora que tu madre ha fallecido, tu padre ha decidido hacerse cargo de ti. —Magdalena me sacó de mis pensamientos.

—¿Cómo? —mi voz sonó fuerte y aguda. Desencajada.

—Para empezar, te brindaremos una educación. ¿Sabes leer?

Negué con la cabeza. Ninguna de las mujeres que conocía sabía leer. De hecho, papá —mejor dicho, Alonso— tampoco sabía.

—¿Sabes coser?

Volví a negar con la cabeza.

—Eso tiene que cambiar si quieres tener un futuro en este mundo.

¡Pero yo ya tenía un futuro! Tenía la taberna en la Calle Tudescos. Era mía y de Ana. Teníamos derecho a partes iguales que recibiríamos al cumplir los veinticinco años, la mayoría de edad.

—Anda, recoge tus cosas, hija mía. Vendrás a vivir con nosotros y debemos marcharnos ya.

Solté un grito y me volví hacia la abuela. ¿Iba a permitir esto?

—La señora Magdalena tiene razón. Debes irte a vivir a casa de tu padre. Allí podrán cubrir mejor tus necesidades.

Ana me abrazó y enterró su cabeza en mi cuello. Las dos estábamos deshechas en llanto.

—No llores, Isabel. —La abuela anidó mi cara entre sus manos y me limpió las lágrimas—. No llores y prométeme que siempre harás lo que la señora Magdalena te ordene—. Caminó hacia la cocina y estiró el

brazo más allá de la estufa, donde guardaba una botella de licor, y me sirvió una porción que bebí de un solo trago—. El mundo es de los hombres. Tener la protección de tu padre te hará bien.

Magdalena asintió, satisfecha. Me quedé mirándola mientras seguía suplicándole a la abuela: —Pero si a su hermano jamás le importé, ¡por favor, dejad que me quede!

—¡Sí, abuela, que se quede! —Ana estaba ahogada en sollozos; su carita, húmeda y enrojecida como la de un recién nacido.

—A tu padre siempre le importaste —interrumpió Magdalena, clavando sus ojos en los míos—. Cuando iba a comprar vino a la taberna, le entregaba dinero a tu madre para sostenerte. Dinero que tu padre enviaba para tu cuidado.

Me volví hacia la abuela. ¿Era verdad lo que estaba diciendo esta mujer? Ella asintió y Magdalena siguió hablando.

—Tu padre se llama Miguel de Cervantes. Ha pasado años viajando por todas partes. Ahora mismo está en Andalucía, donde trabaja como comisario de provisiones para la Corona. Pero me pidió que viniera por ti para llevarte a casa en cuanto supo de la muerte de tu madre. Es escritor, ¿sabes? Y algún día será reconocido entre los mejores de toda España.

—Pues yo nunca he oído su nombre—. A la taberna solían venir escritores todo el tiempo. Mamá le había servido vino al gran Lope de Vega, ¿quién era este Cervantes en comparación? Nadie.

—No lo has oído porque eres muy joven. Pero también es un héroe de guerra.

—¿Un héroe de guerra? —Tuve que reconocer que eso sí sonaba interesante.

—Mi hermana no quiere irse, sea lo que sea el hermano de usted —dijo Ana colocándose entre Magdalena y yo, estirando sus brazos para crear una especie de cerca. ¿Cómo podían pedirme que la dejara?

—Por favor, dígle a su hermano que agradezco mucho su oferta, pero...

—¡Silencio! Vendrás conmigo ahora mismo. —Magdalena era más alta que yo, especialmente con ese sombrero y las plataformas de corcho de sus chapines, y hablaba como quien está acostumbrado a hacerse obedecer—. Y apresúrate, que la caminata hasta la Calle Leganitos es larga.

¡Leganitos! ¡A unos pasos de nuestra taberna, al otro lado de la Plaza Santo Domingo! Mi padre y su familia habían vivido cerca de mí sin que yo lo supiera. Y ahora volvería yo al viejo barrio que tanto quería, pero igual permanecería lejos del sitio donde crecí y que soñaba con recuperar. Qué broma más cruel, pensé.

—Isabel, ¿quieres terminar en una casa de recogidas?

Me quedé helada. ¿Por qué decía eso la abuela? Aquellos eran sitios horribles donde encerraban a las mujeres que no tenían familia. Pero yo sí que tenía familia. Las tenía a ella y a Ana. Y a mis tíos Luisa y Juan, y a mis primas Jerónima y Marita.

—¿No te das cuenta, Isabel, de que ya no puedo hacerme cargo de ti? —gritó la abuela—. Luisa se en-

cargará de Ana cuando el Señor me llame a su lado, pero no puede cuidar de ellas tres y además de ti por sí sola. ¡Suficiente tiene con sus hijas!

Se agitó tanto que por un momento pensé que iba a desmayarse. La ayudé a sentarse y nos quedamos calladas hasta que recuperó el aliento. Entonces me asestó la estocada final.

—Tienes que marcharte a casa con tu tía ahora mismo.

Marcharme *a casa*. ¿Qué significaba eso? ¿Quién era yo ahora?

—Es lo mejor para ti, Isabel. Vivirás bajo mi techo y cuidado. Habré de alimentarte y vestirte, y enseñarte a coser y a llevar una casa. A cambio, recibirás un pago anual de veinte ducados. —Magdalena carraspeó y, en cuanto vio que mi llanto cesaba, continuó—: ¿Puedo suponer que esto te parece aceptable?

Los ojos de Ana se posaron en mí, suplicantes. Mi brazo aún descansaba sobre sus hombros.

—De acuerdo —dije. Ana me empujó el brazo y corrió hacia la cocina, sollozando. La abuela la siguió y yo también quise ir tras ella, pero Magdalena me detuvo.

—Sé que eres inteligente, Isabel —susurró—. Ésta es tu única oportunidad de avanzar en la vida. Me alegra que lo comprendas.

Asentí y fui por mis pocas pertenencias. Guardé mi vestido de domingo, mi cepillo, chal, mantilla y mis peinetas en un viejo saco de tela. Estuve a punto de tomar también el espejo, pero no. Decidí dejárselo a Ana entre sus cosas, con la esperanza de que, al en-

contrarlo, lo atesorase como yo y se sintiese menos sola. El pomo de plata de mamá estaba escondido al fondo del saco de todas maneras. Frotando su suave superficie de metal con los dedos, le dirigí una oración para que me bendijera. Luego di unos pasos hacia la cocina y me agaché para acariciarle el cabello a Ana, que se había acurrucado en un rincón dándome la espalda.

—Hermana, mírame, por favor —le rogué, pero tensó el cuerpo y se negó a alzar la cara—. Perdóname.

—Anda, que se nos hace tarde, Isabel, ¡date prisa! —Magdalena estaba de pie al lado de la puerta, que la abuela sostenía abierta. Haciendo un enorme esfuerzo por contener las lágrimas, caminé hacia ella.

—Dios proteja y guíe tus pasos, hija mía —dijo, haciendo la señal de la cruz sobre mi rostro—. Haz lo que la señora Magdalena y tu padre te ordenen, y cuídate mucho.

La rodeé con mis brazos con la esperanza de que no me dejase ir, pero apenas si me respondió con un abrazo rígido y breve tras el cual, con la mano apoyada sobre mi espalda, me condujo a la calle.

II.

Constanza

—¡Constanza de Ovando! —La voz de Andrea, su madre, cayó cual látigo sobre su espalda. Siempre la llamaba por su nombre completo al reprenderla—. La siesta ha terminado, ¡a coser!

Constanza estaba recostada, la mirada fija en las vigas de madera del techo que desaparecían tras el dosel de su cama. A partir de hoy, tendría que compartir su habitación, y su lecho, con una desconocida a quien la obligaban a recibir como su prima.

—Por los clavos de Nuestro Señor, ¡no es justo! —Se dio la vuelta y enterró el rostro en su almohada para ahogar un grito. Si Pedro de Lanuza no hubiese roto su compromiso, estaría ahora mismo preparando su boda y ajuar. Aquella traición suya la había dejado muerta en vida, condenada a la soledad y sintiéndose desdeñable y vieja.

—Constanza, ¡hija! ¡He dicho que es hora de volver a trabajar!

¿Alguna vez dejaría de tratarla como a una niña? Dándose su tiempo, Constanza se puso de pie y abrió las persianas de madera que la protegían de la luz y el

calor. El sol de la tarde se derramó por la ventana mientras ella se arreglaba el cabello con los dedos al compás del clipclop de los caballos y el apacible arrullo de las palomas.

—¡Ahora bajo!

Constanza secó el sudor de su frente y nuca con un pañuelo recién almidonado —qué bendición tener a Teresa, que siempre mantenía limpio lo importante— y se giró para echar un vistazo a su habitación. Éstos serían sus últimos momentos a solas. El tapete de lana que la protegía del frío de las baldosas en invierno descansaba enrollado en una esquina al lado del bracero adormecido. Habían dispuesto un baúl de madera simple, destinado a guardar las pertenencias de Isabel, al lado del baúl de Constanza, el cual había sido un regalo para su madre de parte de *Signore* Francisco Locadelo, el caballero italiano que Andrea había ayudado a cuidar cuando su abuelo, Rodrigo de Cervantes, trabajaba como cirujano. El roble finamente labrado e importado desde Alemania lo hacía una pieza única, la favorita de Constanza. Al menos *esto* no lo tendría que compartir. Como hija única de Andrea de Cervantes y Nicolás de Ovando, *que el Señor lo tenga en su Santa Gloria*, había crecido gozando de la atención absoluta y los cuidados no sólo de su madre, sino de la familia entera. Hasta este momento.

Encontró a Andrea hilando lana en el estrado, el corazón de su cuarto de costura y universo de Constanza. Ubicado junto al vestíbulo, se trataba de una habitación espaciosa y acogedora al mismo tiempo, cuyas puertas de madera tallada con celosías podían

abrirse en dos partes, manteniéndose cerrada la inferior para recibir a los clientes. Al centro, sobre la tarima de madera cubierta con un tapete de lana tejida a mano, había un torno de hilar, una rueca y varios cojines donde las mujeres se sentaban con las piernas cruzadas para trabajar o conversar. Contra una pared, un baúl más grande que el de Constanza, aunque no tan elegante, acompañaba al bargueño en cuyos cajones guardaban utensilios y accesorios. Sobre la mesita apoyada contra la otra pared, reposaba su *Geometría y traça para el oficio de los sastres*, de Diego de Freyle, libro cuyos patrones conocían y que disfrutaban mostrar a sus clientes como inspiración y para comprobar que su trabajo era tan bueno como el de los sastres contra quienes competían. Constanza extrañaba los días en que cosían jubones y coletos, o cartones de pecho y finas sayas, en vez de simples camisas, calzones y paños, además de prendas de luto, lo que más les pedían últimamente.

—Madre, he estado pensando —Constanza se sentó en su silla de costura y carraspeó— que, ahora que mi prima ha de mudarse a esta casa, ¿tal vez tú y yo podamos volver a vivir solas como antes?

Andrea siguió hilando lana. Sus dedos se movían con velocidad y destreza, como si tuvieran vida propia, independiente de manos y brazos.

—Ya conoces la respuesta a esa pregunta. Mejor es no hablar más de ello —dijo sin volverse a mirar a su hija.

Constanza contempló la camisa a medio terminar que tenía en su regazo. ¿Cuántas había cosido para

Pedro, bordando sus iniciales inclusive, y todo para nada? Soltó un suspiro.

—Deja de pensar en él —le dijo Andrea. Tenía el cabello recogido en un moño y finas gotas de sudor resbalaban por su frente—. No tiene caso. Pedro de Lanuza va a casarse con Luisa de Silva y Portocarrero y no hay nada que hacer.

—No estaba pensando en él, madre.

—Por supuesto que sí, a mí no puedes engañarme.

Constanza se preparó para escuchar una vez más a su madre hablar del dinero que había aceptado por parte de Pedro para compensar la ruptura de su promesa de matrimonio. Vaya que se arrepentía de haber aceptado esos mil cuatrocientos ducados que la habían hecho perder el derecho a lamentarse. Tras un compromiso de cuatro años y a los veinticuatro de edad, habría preferido ser la Señora de Lanuza que recibir todo el dinero del mundo.

—Como dice tu tía Magdalena...

—Ya lo sé —interrumpió Constanza—. He obtenido el mejor trato posible: el dinero sin el hombre.

Andrea sonrió.

—Exactamente. Recuerda que cuando Magdalena estuvo en tu misma situación, y Juan Pérez de Alzaga rompió su promesa de matrimonio, ella recibió apenas...

—Ya lo sé, lo sé —enfaticó Constanza—. Recibió la lamentable y humillante suma de trescientos ducados.

De no ser por la peste, si pudieran salir y encontrarse con gente como lo hacían antes, pensó, ¿seguirían hablando todavía de lo mismo?

—¿Por qué tenemos que hacer siempre lo que ordena la tía Magdalena?

Esta vez Andrea dejó de hilar lana y volvió la mirada hacia su hija.

—No estamos haciendo lo que Magdalena ordena. Estamos haciendo lo que Miguel nos ha pedido, que es cuidar de su hija.

—Y ya que lo mencionas —Constanza dijo mientras cosía—, ¿existe la posibilidad de que haya dos dotes en nuestro futuro? Porque supongo que mi prima necesitará una también.

—Tiene quince años, ya habrá tiempo para preocuparse de eso después.

—¿Esperas que sea poco agraciada como yo y siga soltera cuando haya cumplido casi veinticinco? —Constanza volvió el rostro hacia la ventana para evitar los ojos de su madre.

—No digas eso, hija mía —la voz de Andrea se suavizó—. No eres poco agraciada. Tienes los mismos ojos y cabello castaño de tu padre, y él era un hombre muy apuesto. —La expresión de Constanza no se modificó—. Y tampoco eres una solterona. Ya encontrarás a alguien más. Alguien mucho mejor que Pedro de Lanuza.

Constanza contuvo una lágrima. ¿Dónde iba a encontrar a alguien más, a su edad y en medio de aquella epidemia? Los teatros estaban cerrados, y las únicas reuniones públicas que se llevaban a cabo tenían lugar en la Plaza de la Cruz Verde, donde ejecutaban los autos de fe que la familia Cervantes evitaba a toda costa. El olor a cabello y piel quemados, los gritos

clamando piedad, los vítores de las multitudes les estremecían.

—¿Cómo es posible que Pedro y Luisa estén organizando su boda en un momento como éste? —Constanza rompió a llorar—. La gente tiene hambre, cae muerta en las calles todos los días. ¿Cómo pueden ser tan desconsiderados?

Andrea dejó el hilo a un lado y se puso de pie para abrazar a su hija.

—Tienes que dejar de pensar en esos dos, hija —le dijo, ofreciéndole un pañuelo—. Te haces daño.

—¿Quieres saber qué más me hace daño? Que venga una extraña a dormir junto a mí en mi cama.

—No es una extraña, Constanza.

—Para mí sí que lo es. ¡Ni siquiera sabía que existía hasta que llegó la carta del tío Miguel hace una semana! —Constanza hizo una pausa para sonarse la nariz—. Será su hija, pero es una extraña y, lo que es peor, ¡creció en una taberna!

Andrea suspiró y regresó al torno de hilar.

—Todo estará bien, créeme.

—¿Bien? —en vez de coser, Constanza parecía acuchillar la camisa entre sus manos—. Una vez que el tío Miguel la reconozca como su hija legítima, ella siempre vendrá primero.

Andrea negó con la cabeza.

—Nadie podría ocupar jamás tu sitio en esta casa —dijo con voz suave y reconfortante.

—¿Y qué hay de Teresa? —Sintiéndose apoyada, Constanza decidió presionar—. Hay que hacer suficiente en esta casa para mantener a la pobre de Teresa

ocupada noche y día sin que tenga que atender a una persona más.

—Tendremos que hacer lo mejor que podamos con lo que nos ha dado Nuestro Señor y ser agradecidas.

—Si Isabel va a hacerse pasar por nuestra criada, ¿no podría encargarse de algunas labores, al menos hasta que regrese el tío Miguel? Eso sí que no le haría daño a nadie.

—De sobra sabes que Isabel no será nuestra verdadera criada. Es parte de la familia, y sea como fuere que guardemos las apariencias, habremos de tratarla como tal.

—Buena suerte haciendo que la gente crea que es nuestra sirvienta si termina ostentando nuestro mismo apellido —espetó Constanza, conteniéndose para no gritar.

Andrea negó con la cabeza.

—Yo que tú, no me preocuparía mucho por eso.

—¿Cómo dices? —Torciendo la boca, Constanza soltó la aguja y clavó los ojos en su madre—. No entiendo.

Sin darse prisa, Andrea cortó el hilo con las tijeras y lo enredó en una bola. Cuando hubo terminado, se volvió hacia Constanza y bajó la voz.

—No le digas a tu tía Magdalena que te lo he dicho, pero tu tío no le dará su apellido a Isabel.

—¿No le dará su apellido? —gritó Constanza.

—¿Qué es lo que acabo de decirte, hija? —Molesta, Andrea se llevó el índice a los labios.

—Perdón —susurró Constanza encogiéndose de hombros—. ¿No se lo dará?

—No por ahora, al menos. No.

—¿Cómo lo sabes?

Andrea le hizo un gesto para que continuara cosiendo al tiempo que ella guardaba la bola de estambre en una canasta. Constanza obedeció, pero le fue imposible concentrarse.

—Lo único que puedo decirte es que mañana ella y Magdalena irán a ver a un abogado. O a un juez, no estoy segura, pero tu tía será quien tenga la custodia legal de Isabel.

—¿Y?

—Y Miguel le ha pedido que se la registre oficialmente como Isabel de Saavedra.

Constanza se pinchó el dedo y soltó un quejido. Mientras se chupaba la sangre, trató de digerir la noticia. Saavedra era el apellido que Miguel había adoptado al volver de Argel. Al comienzo les dijo que se había inspirado en su primo Gonzalo Cervantes Saavedra, un poeta a quien había alabado en su primer libro, *La Galatea*. Pero luego les confesó la verdad. Mientras estuvo cautivo en Argel, debido a las heridas que recibió en la batalla de Lepanto, le pusieron el sobrenombre *Shaibedraa*, que significaba “brazo defectuoso”. Constanza nunca comprendió por qué, pero su tío se había encariñado con el término, o con su sonido, mejor dicho. Tras cinco años en aquellas lejanas tierras, formaba parte de su identidad, y a su retorno pensó que un nuevo nombre iría bien con un nuevo comienzo. Abandonó su apellido materno, *de Cortinas*, y se convirtió en Miguel de Cervantes y *Saavedra*, un nombre que prometía un mejor futuro. O eso creía.

—¿Isabel de Saavedra? ¿Y por qué no de Cervantes?

—Acaso desea proteger a Catalina.

—¿Mi tía aún no sabe nada sobre la existencia de Isabel? —Constanza no fue capaz de ocultar su sorpresa.

—Me parece que no. No lo sabe.

—Se sentirá devastada en cuanto se entere la pobrecilla —dijo Constanza y, tras secarse el sudor de la frente con el pañuelo que le había dado su madre, siguió cosiendo.

III.

Isabel

El único sonido que se escuchaba al llegar a la Calle Leganitos era el canto de los gorriones aprestándose a dormir. ¿Cómo podían ellos y todos los demás seguir como si nada, cuando mi existencia no sería jamás igual? Aunque eran muchas mis preguntas, más grande era mi temor de molestar a Magdalena, así que permanecí en silencio. Gruesas gotas de sudor resbalaban por mi espalda.

Nos detuvimos frente a un portón de madera que Magdalena abrió discretamente. Entró, pero no la seguí. Me detuvo la certeza de encontrarme frente al umbral de una nueva vida. Mi vida como bastarda.

—¿Qué esperas? ¡Entra antes que algún ladrón se dé cuenta de que la puerta está abierta de par en par!

El exterior de la casa era sencillo, pero en cuanto estuve dentro comprendí por qué Magdalena había dado tales muestras de desprecio cuando entró a la vivienda de la abuela. Me quedé de pie permitiendo que mis ojos absorbieran mi nuevo entorno. Estábamos en un elegante vestíbulo con una chimenea al

fondo y tres sillones de cuero. A cada lado del vestíbulo alcancé a vislumbrar un cuarto. En el del lado izquierdo vi una rueca; en el otro, un escritorio y muchos libros. Hacia el fondo había un pasillo y más allá, una escalera.

—¡Dos pisos! —exclamé sorprendida.

—¡Hemos llegado! —avisó Magdalena antes de hacerme un gesto para que le ayudase a quitarse la sobrefalda. Una vez hecho eso, se dejó caer en uno de los sillones—. ¡Me está matando el dolor de pies! —dijo a la vez que dejaba caer sus chapines al suelo. Tenían una plataforma ancha y estaban forrados de terciopelo. En contraste, los zapatos que mamá, Ana y yo habíamos usado siempre eran de piel, planos y sencillos.

Dos mujeres bajaron las escaleras para saludarnos. Una de ellas parecía cercana en edad a Magdalena, pero mientras ella tenía el cabello castaño claro y los ojos amielados, ésta era rubia y sus ojos azules me recordaron un cuadro de la Virgen que veía en misa cada semana. La otra era joven todavía, pero mayor que yo. Tenía ojeras y su cabello castaño oscuro le enmarcaba la cara como si fuese un velo. Las observé mientras se nos acercaban. Magdalena permaneció sentada.

La mujer mayor abrió los brazos y me abrazó.

—¡Eres su viva imagen! —exclamó—. Soy tu tía Andrea, la hermana de Miguel.

—“¿Tía?”.

Aunque fue un susurro, la voz de la joven se escuchó con toda claridad y provocó un silencio incómodo. Las manos me sudaban y tenía el estómago revuelto,

como el día en que Ana, la abuela y yo nos marchamos de la taberna dejándola a cargo de los albaceas testamentarios de mamá. Como ese día que, hasta hoy, consideraba el peor de mi vida.

—Vayamos al estrado, ¿os parece? —Magdalena se puso de pie y me tomó del brazo—. Isabel, ¿recuerdas que te dije que vamos a pagarte? —Asentí—. Eso es porque, por ahora, ante el mundo exterior te harás pasar por nuestra nueva criada.

Sin darme tiempo de reaccionar ante semejante noticia ni de replicar palabra, las otras dos nos siguieron hacia la otra habitación y Magdalena se volvió para mirar a la joven, haciéndole señas de que se nos acercase.

—Muy bien, vamos a intentarlo de nuevo, ¿de acuerdo? Constanza, ésta es tu prima, Isabel.

Constanza hizo una leve reverencia y yo intenté imitarla, dándome cuenta de la enorme diferencia entre la ropa que las tres vestían y la mía. Me sentí avergonzada porque sus blusas y faldas estaban hechas de telas finas, y ninguna se encontraba parchada. Ni siquiera tendría que fingir ser su criada: ya estaba vestida como tal. Mi garganta se sentía seca, como si mi lengua y paladar fueran de gamuza.

—¡Debéis tener ganas de beberos el mar después de haber andado tanto! —Como si hubiese leído mi mente, una mujer baja y regordeta apareció por el pasillo y entró a la habitación llevando una bandeja con cuatro vasos. Al verme, soltó un gritito—. ¡Ave María Purísima, si esta niña es Doña Leonor vuelta a nacer!

—¿Leonor? —mi voz sonó rasposa.

—Isabel, ésta es Teresa. Ha trabajado con nosotras por años. Nos ayuda a llevar mejor la casa y nuestros pedidos —dijo Magdalena.

Teresa sonrió y asintió con la cabeza. Yo le respondí con el mismo gesto. Mi tía continuó:

—Leonor de Cortinas era mi madre. Tu abuela. Y es verdad que te le pareces mucho.

Sentí sonrojarme. Constanza tomó un vaso de la bandeja y las demás la seguimos. Noté que los dedos de ella eran delgados, sus uñas rosadas y limpias. Me llevé el vaso a la nariz. ¡Agua de canela! La bebí casi toda sin apenas respirar, admirando el vidrio, y luego me limpié la boca con el dorso de la mano. Fue entonces que me di cuenta de que las otras habían bebido lentamente y sus vasos estaban apenas a la mitad. Nadie hablaba y yo me sentí burda, fuera de lugar.

—Ve con Teresa a la cocina, Isabel. Tiene todo listo para prepararte para la noche. Hemos dispuesto algo de ropa para ti: una enagua, una sobrefalda, un fondo con lazos a los lados para que puedas ajustarlo tú misma, y un par de camisas. Puedes vestirme con eso mientras alistamos tu nuevo guardarropa. Nada muy elegante porque hay reglas que seguir, pero será suficiente.

Mientras Magdalena hablaba, Teresa tomó mi saco y la sobrefalda que habíamos dejado en el vestíbulo y regresó por mí. Con la mano sobre mi espalda, me guio hacia el fondo del pasillo.

Juntas, entramos a la más hermosa cocina que hubiese yo visto. Lo primero que noté fueron los azule-

jos azules y amarillos que adornaban la pared. Ni en la taberna, y mucho menos en la vivienda de la abuela, teníamos tales lujos. A un lado de la habitación, una puerta doble llevaba a un pequeño patio donde aún brillaban, exhaustos, los últimos rayos del sol. Al centro, había una mesa rodeada de seis sillas. Calderos de distintos tamaños colgaban al lado de la estufa, y había repisas de madera a lo largo de la pared con platos y jarras y espumaderas y canastas. ¡Lo mejor de todo eran los embutidos que pendían de un gancho! Los miré encantada. No había visto una cuerda de chorizo desde que nos fuimos a vivir con la abuela y la boca se me hizo agua.

—¿Te apetece comer un poco? —preguntó Teresa. No estaba segura si se refería al chorizo o a algo más, pero yo iba a aceptar lo que me ofreciese—. Chorizo, niña, chorizo.

¡Qué palabra más exquisita! Su sonido como música me hizo sonreír.

Teresa me invitó a tomar asiento, cortó un trozo y lo puso en un plato de madera. Sacó queso del armario y me sirvió más agua de canela de una jarra de barro. ¡Si tan sólo Ana estuviera aquí! Sabiendo que se marcharía a la cama con el estómago medio vacío mientras yo disfrutaba del festín, me hacía sentir culpable. Pero no me pude controlar. Mientras comía, noté un colchón doblado en un rincón.

—¿Ahí voy a dormir yo?

—No, qué va —respondió Teresa con una carcajada—. ¡Ahí duermo yo! Tú vas a dormir arriba, en la cama de tu prima.

Un trozo de chorizo se me atoró en la garganta y me causó un ataque de tos. Teresa me dio golpes en la espalda y me ofreció más agua. Al final, mis ojos estaban llorosos no sólo a causa de la irritación, sino porque la sola idea de compartir la misma cama con una mujer tan elegante a la que claramente le molestaba mi presencia me parecía triste y aterrador.

—La señorita Constanza no es una mala persona —me explicó Teresa con una sonrisa sincera—. Se está recuperando de una desilusión amorosa. Estuvo comprometida por cuatro años con un pelmazo que prefirió casarse con otra que tiene más dinero.

Eso sonaba terrible, por supuesto, pero por mi cabeza pasaban tantas cosas que agradecí la información y decidí pensar después en el asunto. Había tenido suficiente para un solo día. Inhalé profundo y clavé la vista en el piso, donde descubrí una tina con agua al lado de la estufa y una toalla doblada sobre un banco.

—¿Y eso para qué es?

—La señora Magdalena me ha pedido que te dé un baño antes de acostarte. También me ha ordenado revisar las cosas que has traído contigo.

—¿Las cosas dentro de mi saco? —Teresa asintió, entregándomelo—. ¿Por qué? Si sólo están mi vestido de domingo y un chal.

—Dámelos, por favor —dijo estirando el brazo. Como no quería que viese el pomo de plata de mamá, abrí el saco y saqué la ropa. La tomó y la tendió sobre su brazo—. El saco también, por favor. Necesita lavarse.

—¿Y dónde guardaré mis cosas?

—Hay un baúl para ti arriba, en la habitación de la señorita Constanza.

—¿Un baúl? —se me escapó una sonrisa. Decidida a confiar en Teresa, saqué el pomo de plata del saco y se lo mostré—. Era de mamá.

—Es precioso —dijo, poniéndolo sobre la mesa y quitándome el saco para terminar de vaciarlo. Con una bienvenida sensación de alivio en el vientre, me acerqué a tocar el agua de la tina. Para mi sorpresa, estaba tibia, no fría.

—¿Y qué pasará con mi ropa?

Teresa se encogió de hombros.

—Tu tía se la regalará a los pobres, me imagino.

—¡Pero si mi vestido de domingo está como nuevo! —exclamé angustiada. Teresa me miró alzando una ceja—. Bueno, casi como nuevo. Además, esta falda que traigo puesta es especial —protesté, acariciando su tela contra mi pierna—. *Muy* especial.

—Tendrás que hablarlo con la señora Magdalena. Anda, ahora quítate la ropa. —Mi entusiasmo se desvaneció, y hubiese querido respingar. Nunca me había expuesto ante una desconocida—. Tengo que lavarte también el cabello. Tu tía me lo ha ordenado.

Crucé los brazos sobre mi pecho y miré a mi alrededor, como si no supiera que no tenía escapatoria.

—Anda, mi niña, se hace tarde y todavía tengo que cepillar la sobrefalda de tu tía, y Dios sabe que no he calentado toda esta agua en vano.

Con la cara ardiendo de vergüenza, me desnudé el pecho. Teresa se ofreció a ayudarme con la falda, pero le pedí que me dejara hacerlo sola. Quería despedirme

de ella, tocarla en silencio por última vez. Recordar el día en que mamá la trajo a nuestra casa arriba de la taberna. Ana y yo estábamos por bajar a ayudarla a atender a los clientes, yo midiendo el vino y Ana en el bodegón de puntapié que instalamos afuera de la puerta cuando entraron en vigor las reglas que prohibían vender alimentos adentro.

Mamá entró en la habitación con la falda en alto, orgullosa, sosteniéndola como si fuese una bandera.

—Isabel, ¡mira lo que he traído para ti! —Estaba radiante como pocas veces—. Me la ha dado Luisa Benzón y creo que te va a venir perfecta.

Luisa Benzón era una actriz famosa, una de las primeras mujeres en trabajar en el teatro. Le había dado la falda a mamá a cambio de vino. Con los teatros cerrados a causa de la peste, los actores estaban pasando trabajos para conseguir lo básico.

—Vas a lucir elegantísima con ella, mi niña. Pruébata, anda.

Me la puse y mamá y Ana aplaudieron emocionadas.

—Mírate nada más, Isabel, ¡tan alta y tan hermosa! ¡Estoy tan orgullosa de ti!

Sentí un golpe en el estómago. ¿Seguiría estando orgullosa de mí ahora?

—¿Crees que podamos guardar la falda para mi hermana, para cuando crezca? —La voz se me quebró al hablar—. Era de Luisa Benzón.

—¿La actriz? —Teresa preguntó abriendo mucho los ojos.

—La misma —respondí con orgullo.

—Vaya que estamos llenas de sorpresas, ¿eh? —
Sonriendo, examinó la falda con detenimiento. Aguanté
la respiración, pero tras unos segundos de silencio
negó con la cabeza—. Dudo que pueda salvarse. Está
muy gastada la tela, muy manchada. Ciertamente ha
visto tiempos mejores.

—¿Y nosotras no? —repliqué apesadumbrada.

—Anda, ¡tan joven y hablando como una anciana!
—dijo Teresa con una carcajada—. ¿Cuántos años di-
ces que tienes?

—He cumplido quince en abril.

—Pero si a Santa Isabel se le celebra en noviembre.

—Mamá me llamó así en honor de su hermana pe-
queña, que murió de bebé un poco antes de que yo
naciera. Dijo que era para que yo viviese por las dos.

Mi nombre siempre me había hecho sentir acom-
pañada, protegida. ¿Cómo podía sentirme tan sola
ahora?

—¡Conque abril! —suspiró Teresa—. “Las maña-
nicas de abril son dulces de dormir...”.

Pero en vez de completar el alegre dicho, me acercó
un trapo para que secara mis lágrimas. Luego, sin de-
cir palabra, me ayudó a desvestirme y me metí en la
tina, agachándome para que Teresa pudiera lavarme
el cabello con un jabón de oliva cuya fragancia me
devolvió a mi infancia y me hizo añorar todavía más
a mamá. Mientras Teresa me frotaba la cabeza y la es-
palda, yo me lavé brazos y piernas. Luego me ayudó
a enjuagarme y secarme con la toalla de lino que tenía
preparada. Sus manos eran fuertes pero ligeras y, para
cuando me puse la camisa que usaría para dormir, me

sentía ya mucho mejor. Como paso final, Teresa me aplicó unas gotas de aceite de azahar en el cabello antes de cepillarlo.

—Tu padre quedará fascinado cuando te conozca. ¡Mira que tienes la pinta de familia! Te ves exactamente como...

Como él. O como Leonor. Como si me importase. Como si parecerme a un par de extraños pudiera tener algún significado especial para mí. Lo único en lo que podía pensar era en mi vieja falda, tendida ahora en el piso como animal muerto. No sólo había visto tiempos mejores. Había visto mis mejores tiempos. Y aquí estaba yo ahora, abandonándola. Seguí a Teresa por el pasillo y al piso de arriba, hasta la habitación que compartiría con mi nueva prima, sintiéndome como una traidora. Esta vez el estómago no me dolía de hambre, sino de darme cuenta de que acababa de cambiar a todos y todo lo que amaba por veinte ducados.

IV.

Constanza

—Ser costurera es un arte —Magdalena entró al cuarto de costura, el estrado de las damas, seguida de Andrea e Isabel—. La ropa es un lenguaje, un código. Hay tanto que entender y considerar.

Era temprano por la mañana y el sol que se colaba a través de las persianas prometía otro día abrasador. Constanza había desayunado al amanecer y estaba cosiendo la camisa que había empezado la tarde anterior.

El blusón blanco, la falda marrón y el chaleco oscuro que habían elegido para Isabel le sentaban bien, y con el cabello limpio, ahora recogido en una trenza dorada que le caía sobre el hombro, se parecía aún más a la abuela Leonor y al tío Miguel. Ningún poeta componía sonetos alabando cabelleras y ojos oscuros como los de ella, se lamentó Constanza. ¿Por qué tenía que ser su prima la que luciera como una auténtica Cervantes?

—Como sabes, nuestro código moral favorece la austeridad —explicó Magdalena. Era evidente que disfrutaba compartir sus conocimientos con alguien

nuevo—. El negro, que se usa en las prendas que llamamos *gala negra*, está de moda, pero sólo la gente muy rica puede costearlo. ¿Por qué? Pues porque hay diferentes pigmentos negros y los mejores vienen de la Nueva España. La tela que ha sido teñida con él se denomina “ala de cuervo”. ¿Quieres verla?

Isabel asintió. Andrea abrió uno de los cajoncitos del bargueño y sacó una botellita.

—¡Qué hermoso es ese armario! —El tono de voz de Isabel irritó a Constanza.

—Me alegra que te guste nuestro bargueño, Isabel —dijo Andrea.

—¿Vuestro qué?

—Así se llama el mueble.

Constanza no tenía que mirar a su madre para saber que sonreía. Era como si ella y Magdalena hubiesen hallado en Isabel una hoja en blanco sobre la cual escribir una nueva historia en la cual su experiencia y labores pareciesen más interesantes de lo que eran en realidad.

—Y mi niña, cuando necesites que alguien te explique o te repita alguna cosa, es mejor decir “dispendad” en vez de “qué”.

Andrea le puso la botellita de pigmento a Isabel en la mano y ella la recibió reverencialmente. Magdalena abrió el baúl, el cual contenía sus telas más finas y costosas. Constanza dejó de coser para observarla sacar un rollo de su más exquisita gabardina, y se preguntó por cuánto tiempo más iban a arruinarle la tranquilidad. Magdalena siguió hablando.

—La ropa negra, una vez lista, se adorna con cadenas de oro, botones y joyas diversas.

Isabel le devolvió la botellita a Andrea y se acercó a admirar el hermoso material, aunque era evidente que le daba temor tocarlo. Magdalena sonrió y lo guardó con cuidado en el baúl. Luego, extrajo un rollo de seda y una canasta con lechuguillas.

—¡Esos sí que los he visto antes! —exclamó Isabel, acercándose a mirarlos con admiración—. Algunos de los clientes que llegaban de vez en cuando a la taberna usaban estos cuellos, pero nunca los había tenido tan cerca.

—Están hechos con encajes importados de Flandes. También tenemos puños que les hacen juego. Es menester medirlos con precisión para que se adapten con elegancia al cuello y las muñecas.

Magdalena tomó una gorguera de la canasta y se la ofreció a Isabel al tacto, y Constanza la vio abrir la boca en señal de asombro.

—Siempre creí que se sentirían duros, pero son muy suaves —dijo, provocando una carcajada por parte de Andrea y Magdalena.

—Eso es porque a estos aún los tenemos que almidonar —explicó Andrea—. Pero no olvides la regla de oro. —Tomó el cuello, lo puso de vuelta en la canasta y lo guardó con cuidado en el baúl—. Hay que estar muy atentos para no excederse en lujos. Nos pueden castigar si hacemos una prenda lujosa para alguien que no tiene derecho a portarla.

—¿Pueden castigaros?

—Con una condena a exilio por dos años, o algo peor. —A la voz de Andrea le faltaba la gravedad que Constanza creía necesaria.

—Por suerte —acotó Magdalena—, la mayor parte de las prendas que cosemos ahora son camisas para caballero. Nos toma apenas unos días terminarlas, en comparación con un vestido, una falda o incluso unas enaguas, que pueden llevar semanas.

—Y hablando de eso —la interrumpió Constanza, con la paciencia ya perdida—, tal vez deberíamos de hablar un poco menos y trabajar un poco más.

Consciente de que su prima la estaba mirando, abrió de un golpe el cajoncito que alojaba la parte baja de su silla de costura y sacó unas tijeras.

—Ésa es la silla favorita de Constanza —dijo Andrea, haciendo una mueca de desaprobación a su hija, quien la ignoró—. No le gusta coser más que sentada en ella.

—Es fácil comprender por qué, ¡ese cajoncito luce muy práctico!

La voz feliz de Isabel exasperó a Constanza.

—¡Todo aquí es tan bonito! En nuestros aposentos sobre la taberna teníamos algunos muebles, pero nada como esto. Y en la taberna misma, como sabéis —dijo mirando a Magdalena—, el piso es de adoquín, no hay baldosas, y las mesas y sillas son muy sencillas. Pero en esta casa... ¡Por ejemplo, el tapete! Es tan ancho y suave. ¡Y ese espejo es tan grande! ¿El marco es de oro?

Andrea y Magdalena rieron y negaron con la cabeza, pero Constanza se mantuvo callada.

—Anda, ven a mirarte, Isabel —Magdalena le extendió la mano y ambas se pusieron de pie frente al espejo, una al lado de la otra, contemplando su ima-

gen—. Creo que nunca te has visto mejor, y éste es apenas tu primer día con nosotras.

Magdalena sonaba complacida, pero sus palabras se clavaban como dardos en la espalda de Constanza. No necesitaba darse la vuelta hacia su prima para apreciar la belleza de sus ojos de miel y su cabello soleado, el brillo de su tez clara. Al lado de Isabel, una rosa a punto de florecer en un nuevo jardín, Constanza se sentía como un hierbajo.

—Tía Magdalena —dijo Constanza tratando de controlar su malestar—, ¿a qué hora tenéis la cita con el juez? Sería desafortunado que llegaseis tarde Isabel y tú.

En vez de responderle a Constanza, Magdalena se dirigió a Andrea.

—¿Le has contado?

—La cita no era un secreto, ¿o sí? —respondió Andrea tomando su lugar en el estrado y acomodándose en la rueca.

—¿Cuál cita? —inquirió Isabel.

—Le haremos una visita a un juez tú y yo un poco más tarde hoy —dijo Magdalena. Andrea empezó a hilar y Constanza retomó su costura.

—No me gustan los jueces. El último que vi no nos ayudó a mi hermana y a mí a permanecer en la taberna. Los jueces arruinan la vida.

Los hombres arruinan la vida, estuvo a punto de agregar Constanza, pero se contuvo. Ya aprendería su prima esa lección en su momento.